



Se avvicinan

PROBLEMAS

Ivonne

VMIER

Se acercan

PROBLEMAS

Ivonne

VMER

Título: "Se avecinan problemas"
© 2019, Ivonne Vivier
Diseño de Portada: IVONNE VIVIER
Primera Edición Abril 2019
Safe Creative: 1902250047851

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Parte 1

Omar se acercó a su novia de forma sigilosa. Ese cuello descubierto era demasiado atractivo y hacia él se dirigió con sus labios ansiosos. Con la mano atrapó la mejilla, contraria al lado que estaba mordisqueando, para girarle el rostro y entonces besarle la boca luego de disfrutar de la suavidad de la piel perfumada. Mientras tanto sus dedos se enmarañaban entre los preciosos rulos que se mantenían controlados por estar atados en un moño en lo alto de la cabeza. Era una sensación deliciosa.

Se sorprendió con la dulzura que le hacía sentir ese beso imprevisto y con el escalofrío que le recorrió la espalda al enredar las lenguas con timidez y frotar sus labios con los de ella, como si fuera la primera vez. No podía negar que era una chica dulce, pero, a decir verdad, era más apasionada y atrevida que dulce. El beso se demoró más de lo esperado y hasta le obligó a mantener los ojos cerrados por más tiempo del pensado. Un calor abrasador recorrió su espalda incomodándolo un poco, no era de esos románticos perdidos.

«¿Qué carajo estaba pasando?», pensó.

Sin despegar sus labios de los de ella, levantó los párpados y ancló su mirada en la de Olivia, sólo para expresar un poco de lo que sentía. Podría decir que estaba atontado ante la vista de una sonrisa casi desconocida y enorme. Si hasta hoyuelos tenía y ¿de dónde habían salido esos hoyuelos tan hermosos!?

—¡Guau, princesa, este beso fue divino!

—Cre... Creo que te... equivocaste —dijo ella, después de carraspear y con una vocecita que apenas si se oía—. Soy Sol, no Olivia.

—No juegues conmigo, ¿cómo no voy a reconocerte?

—Lo siento, pero creo que no lo hiciste. Soy Sol —repitió ella, sin apartar la mirada de los finos labios que la habían mareado un poco, por no decir mucho.

«¿Cómo era posible que ese muchacho besara tan bien? Pero, ¿¡qué demonios estás pensando!? Es el novio de tu hermana gemela, ¡por todos los santos!».

—Perdón, perdón. Me siento... Perdón —dijo Omar alejándose, y repasándola con la mirada. Sí, era Sol. El peinado, el vestido, los zapatos bajos, la pulsera en su mano izquierda..., era ella.

«¡Qué idiota soy! ¡Qué hermosa es!» Negó con la cabeza espantando la última frase y sonrió con vergüenza, alejándose sin querer hacerlo.

—No te preocupes. No eres el único que nos confunde.

Sol apenas podía pronunciar las palabras, lo quería de vuelta pegado a su cuerpo y besándola, si era posible. Todavía percibía el calor de la caricia en su cuello, el roce de la lengua sobre la suya y el sabor... «¡Basta, es Omar!»

—Voy a buscar a tu hermana —murmuró él, avergonzado y confundido.

Vio cómo ella asentía y se fue de la cocina. ¿Huía? Sí, huía.

Sol se rodeó la cintura con un brazo y con la yema de dos dedos se acarició los labios cerrando los ojos. Así la encontró el torbellino de la casa: Olivia.

—¿Viste a Omar? —Sol se asustó e intentó disimular su estado, pero Olivia era perspicaz—. ¿A ti qué te pasa?

—Nada —respondió enderezando los hombros y mintiendo una sonrisa.

—No te creo, nunca hemos tenido secretos tú y yo. ¿Vamos a comenzar a

tenerlos hoy?

—Tal vez —respondió Sol, y la dejó hablando sola. Por supuesto que sería su secreto. Por primera vez en la vida no podía contarle a su hermana gemela lo que le pasaba.

—No me dijiste si viste a Omar —gritó Olivia a sus espaldas.

—Sí, te estaba buscando hace un rato.

Omar se miraba en el espejo del baño sin poder creer lo que había ocurrido. Lo de confundirse de hermana era un desastre, que hasta podía sonar divertido si no fuese a él a quien le hubiese ocurrido. Lo de besarla por ese motivo era otro desastre, aunque había sido parte de la confusión, eso se le podía perdonar; pero que le hubiese gustado tanto..., eso sí que era un enorme problema.

—Fue un solo beso, te confundiste, ya pasó y... terminemos con el tema. Aquí y ahora te olvidas de todo.

Se refrescó la cara con un poco de agua fría y, con las manos húmedas, se tiró el cabello hacia atrás acomodando un poco su perfecto despeinado. Se le hacía tarde, la película comenzaba en menos de media hora y todavía estaban en veremos.

Volvió a la cocina-comedor en busca de Olivia, un poco temeroso, a decir verdad. Y ahí la vio de espaldas.

«¿Cómo podía haberlas confundido?»

Los rizos sueltos, esos infaltables jeans ajustados y las camisetas sin mangas que dejaban el ombligo al aire eran el sello de su novia. Jamás le había visto un vestido o un par de zapatos sencillos y bajos, lo suyo eran las zapatillas o los tacones altísimos que la elevaban unos centímetros más allá de su propia estatura. Odiaba quedar más bajo que su novia, pero a ella no le

importaba el detalle y hasta se reía de eso.

Olivia era preciosa, con una imagen sexy que lo dejaba sin habla a veces, los ojos le brillaban con malicia cuando lo atrapaba mirándole los senos o cuando sus manos descendían hasta su firme trasero. Le gustaba mucho su novia y toda la imagen seductora que traía consigo. Se la devoraba con la mirada..., solamente, porque todavía no habían llegado a la cama. Eso lo tenía enloquecido. Tres meses de jugar a las *manitos* y de besarse sin más consecuencias que una terrible y dolorosa erección. Era frustrante.

Omar cerró los ojos y suspiró. El deseo pasó como una ráfaga por su cuerpo y se estremeció de pies a cabeza recordando la húmeda lengua de Sol rozando la suya. Su mente olvidó el ombligo al aire, el trasero respingón y toda la sensualidad de Olivia e invocó la dulzura y provocación de un cuello largo y expuesto.

«¡No lo puedo creer!», susurró, reconociendo que se avecinaban problemas.

Parte 2

Los días habían pasado más lento de lo esperado para Omar. No había logrado sacarse aquel beso de la cabeza... Ese roce de lenguas, ese suspiro de aliento tibio...

«¡Grrr!», gruñó por lo bajo mientras esperaba que le abrieran la puerta. Se sentía un mal hombre y un infiel, solo por pensar en otra mujer. Y eso que no reparaba en el hecho de que fuera la hermana gemela de su novia. Sería desastroso hacerlo.

Olivia le había pedido que pasara por su casa antes de ir al parque donde se encontraban con su grupo de amigos. No había podido negarse y esperaba no tener que encontrarse con... ¡Ella!

—Hola —dijo Sol, casi en un susurro. Omar pudo notar cómo bajaba la mirada y, confundido en sus sentimientos, sonrió. ¿Acaso estaba loco? Podía adivinar que ella recordaba tan vívidamente, como él mismo, lo que habían hecho y estaba emocionado, y asustado también—. Mi hermana se retrasó, dijo que llega en exactamente cuarenta minutos y que la esperes.

«¿¡Cuarenta minutos!? Los más largos de mi vida», pensó Omar.

Hubiese preferido irse, pero si la princesa decía que la esperara era preferible hacerlo. Enojada era insoportable y sabía que ir y venir lo entretendría más que esos cuarenta minutos.

Observó a Sol que se sentaba frente a una mesa llena de papeles y libros

y, por un instante, la admiró. Era aplicada, pulcra y muy estudiosa. Ya estaba en la universidad. Olivia se había tomado el año libre para divertirse, había dicho y, para evitar problemas, sus padres se lo habían permitido. Su novia era puro capricho y estallidos. Sol parecía más tranquila y juiciosa. A él le gustaba mucho que lo fuera. ¡¿Qué?! ¡Debía gustarle su novia, no su cuñada!

Se sentó en la silla al lado de la de Sol, contrariado. Jamás le había pasado algo parecido desde que había empezado a tontear con las chicas. Tenía casi veinte años y suponía que sabía lo que quería, siempre había sido así, sin embargo, estaba comenzando a pensar que se equivocaba. Sus amigos decían que era muy maduro para la edad que tenía... Se tragó la sonrisa socarrona que se dedicaba a sí mismo. ¡Maduro, cómo no! Si estaba alucinado con la que era su cuñada, ¡maduro y una mierda!

Sabía que estaban solos, su suegro estaba de viaje de negocios y su suegra trabajando, y no era una buena idea recordarlo. Intentó descartarla, pero ¿cómo hacerlo? si las piernas de Sol estaban tan a la vista. El vestido floreado que tenía puesto era muy bonito y la hacía lucir femenina y aniñada, si no fuera por el escote revelador, podía pensar que era una niña. Su cabello estaba suelto esta vez, ¿suelto? Se giró para observar ese detalle, no recordaba que lo usara así.

Sol se percató del escrutinio y pudo retener su sonrisa de satisfacción. Se odiaba, no quería sentirse inquieta ni deseosa de esa mirada, pero lo hacía. Nunca la habían besado así y jamás había soñado con un hombre tocándola tan íntimamente como esa noche lo había hecho. Mejor dicho, nunca, en sus sueños, los hombres habían tenido cara. Esta vez sí: la de Omar. Se sonrojó al recordarlo y giró la cabeza para comparar cuánto había acertado dibujando esos rasgos en sueños y fue cuando se encontró con el masculino rostro de su cuñado observándola. ¿Habría notado que no se había recogido el pelo? Quiso evitar el coqueteo, pero había sido más fuerte su instinto de querer gustarle.

—¿Quieres un café? —preguntó, incómoda, al verse cara a cara con él y hundirse, ambos, en un incómodo silencio.

—Yo me lo sirvo, no te distraigas —respondió Omar.

Necesitaba alejarse de la tentación.

No lo hizo por mucho tiempo y, una vez que apoyó la taza sobre la mesa, vio como ella levantaba esa preciosa maraña de bucles descubriendo su pálido cuello.

«Al carajo todo», dijo, y sus labios se pegaron a ese pedacito de piel que palpitaba cerca de la oreja derecha. Escuchó un gemido bajito y su pantalón se sintió apretado de inmediato.

Sol se puso de pie como un resorte. Una cosa era desear que pasara y otra permitirlo. Se giró con energía para darle el empujón que necesitaba para liberarse, pero la mirada de Omar la atrapó. Sus puños engancharon los laterales de la camiseta gris de él y ahí se quedaron.

Las únicas manos que se movían eran las de él y lo hacían por su cuerpo, por su cintura, por su cadera y bajando... El vestido era muy liviano, podía sentir el calor que esas palmas emanaban, la estaban quemando. Notó el tacto firme sobre las piernas desnudas y más tarde sobre su trasero.

Omar no había podido resistirse. Los ojos de Sol resplandecían, gritaban que sí. Apoyó su frente en la de ella y le regaló su aliento, además de una sonrisa que le aflojó las rodillas a ella. Al sentir que perdía el equilibrio la tomó por las piernas y la subió a su cintura. Se sentó con ella a horcajadas y la apoyó sobre su sexo.

Ambos cerraron los ojos ante el contacto y un pequeño movimiento de cadera de Sol provocó que la urgencia se precipitara. La abrazó pegándola a su cuerpo y se meneó con ella para sentirla y hacerse sentir. Jadeos y gemidos salieron sin permiso. Una sonrisa cómplice fue lo que ella le regaló y él negó con la cabeza. Estaba enloqueciendo por ese hoyuelo.

Con una mano liberó uno de los pechos redondos y tentadores y lo apretó con deseo. Sus labios lo atraparon mientras ella se extendía sobre la mesa y le daba libertad de acción. La otra mano rodó por la piel desnuda de la pierna izquierda y terminó deslizando la ropa interior para hacerse de la humedad que le pertenecía. La escuchó gemir y retorcerse sobre su cuerpo. Le encantaba. ¡Era tan bonita!

—¿Tu dormitorio? —preguntó, cuando la tuvo ya exhausta y relajada después de haberla hecho gozar.

Ella lo miró con picardía y le quitó la camiseta para acariciarle el pecho y la espalda. Le gustaban los muchachos delgados y fuertes, con poco vello y la piel bronceada, así, cómo él. Pasó las uñas por los hombros y le besó los labios. Las lenguas se enredaron entre suspiros.

El silencio era tan íntimo como las caricias que se daban. Sol se puso de pie y le tendió la mano para guiarlo hasta su habitación.

No estaba pensando, ni él tampoco.

Las hormonas eran crueles y mandaban sobre sus cuerpos a medio vestir.

Omar no la liberó mientras caminaban. Con las manos le apretaba los senos y le mordía y lamía el cuello, lo volvía demente esa suavidad perfumada. Ella lo provocaba apoyando el trasero en su sexo necesitado. Reían en confabulación cuando se encontraron frente a la cama y ella, sin dejar de mirarlo con tal provocación que casi lo hace aullar como un lobo, se tendió sobre el acolchado celeste. Abrió las piernas, las dobló para elevarlas y estiró los brazos para invitarlo a que se acomode entre ellas. Omar se mordió el labio inferior y apoyando las rodillas gateó como un felino sigiloso y peligroso.

—Eres tan bonita —le susurró al oído, y después de ver la maravillosa sonrisa que ella le dio en agradecimiento, se dispuso a besarla con esmero, como le gustaba. Como recordaba que lo había hecho hacía unos días.

Una vez que sus bocas encajaron a la perfección inspiró profundo y ella lo abrazó con más fuerza.

—Sol, ¿dónde están? —preguntó Olivia en un grito desde la entrada, y haciendo ruido con sus pasos sobre el piso de madera.

Omar se levantó como un resorte y se tomó la cabeza con ambas manos.

Sol se acomodó la ropa y se puso de pie frente al ropero.

La máxima distancia que podía existir entre ellos era esa.

—¿Qué hacen en tu dormitorio? ¿Omar, tu camiseta? —preguntó Olivia.

Parte 3

—¿Omar? —preguntó Olivia ante el silencio.

—La culpa fue mía, le tiré el café sobre la camiseta y estábamos buscando alguna para que se pusiera. Omar, te van a quedar chicas, pero peor es nada —dijo Sol, entregándole una con la publicidad de un gimnasio.

Él no podía creer lo buena actriz que resultaba ser la muy pícara. La hubiese abrazado y hasta le hubiese dado un beso en la punta de la nariz.

«¿En la punta de la nariz?». Estaba enloqueciendo, era eso, sí. Le guiñó un ojo y ella le mostró su hoyuelo con una hermosa mueca de resignación.

Omar se sentía miserable, mentiroso y egoísta. Le hubiese gustado decirle algo para que no se quedase pensando que era una mala persona. No lo era, estaba actuando mal, eso sí, pero no era una mala persona.

Sol bajó la vista para no mirar a su hermana a los ojos. Estaba muerta de vergüenza. Había estado a punto de acostarse con su cuñado, pero eso no era lo peor; que todavía deseaba hacerlo, lo era.

Olivia miró a uno y a otro y, sin adivinar qué, supo que le estaban ocultando algo. Conociendo a Omar y su dulzura, tal vez era una sorpresa para ella por cumplir... ¿cuántos? ¿Cuatro?, sí, cuatro meses. Suspiró resignada. Odiaba las sorpresas, esperaba estar equivocada. Omar era un osito de peluche, le gustaban los mimos, las caricias y las palabras bonitas. Por más que él mismo dijera que no, era un romántico. Pero a ella le divertía la acción

y por eso lo estaba provocando, lo tenía a fuego lento. Sabía que el día que tocaran la cama, su hombretón estallaría de pasión. Eso creía. Eso esperaba.

Lo miró mordiéndose el labio y llamándolo con un dedo. Como si de un cachorrito se tratase, él se acercó. ¡Se sentía tan culpable! La abrazó para saludarla, desde ayer no se veían, y le dio un beso en los labios. Ella lo abrazó acariciándole la espalda desnuda con sensualidad.

Omar no estaba para esos juegos, su sangre estaba a punto de ebullición. Recordaba los gemidos de Sol y el refriego contra su entrepierna, la sensibilidad todavía estaba ahí, y el hambre también. Apenas podía disimular que estaba duro como una roca y la atrevida de su novia se quería poner a jugar.

—Vamos a tu dormitorio —susurró, y le mordió el lóbulo de la oreja.

Olivia se estremeció de pies a cabeza. ¿Qué estaba pasando con su chico? Parecía otro. Ya la tenía atrapada contra la pared mientras le besaba el cuello y se lo mordía. Un cosquilleo molesto le subía por las piernas y no podía frenarlo. Quería, pero no podía.

Omar estaba ardido, excitado como nunca, pero desconsideradamente estaba besando a una mujer mientras deseaba a otra. Con desesperación lamía el cuello de Olivia, buscando el perfume de Sol. Al no encontrarlo la mordía para escucharla gemir. Y ese sonido también era otro, uno más sonoro y atrevido. Aborrecía hacer comparaciones, sin embargo, en eso estaba.

Bajó la mano para buscar bajo la falda de un vestido floreado y se encontró con un áspero *jean*. Apretó con furia las piernas cubiertas para subirlas a su cintura y así poder llevarla a la cama. De paso cerró la puerta.

Olivia estaba en una nube. Omar había tomado la decisión de que ese era el momento de tener sexo y no le había pedido permiso. Ni una mirada para buscar su aprobación le había dado. No se la negaría, él estaba mostrando su faceta de seductor, una que ella no conocía y le ponía el vello de punta.

A veces, Olivia dudaba de cuánto le gustaba su novio, y otras, como esa, estaba segura de que se enamoraría de él. Le atraían los hombres rudos, pero si no la dejaban hacer lo que ella quería dejaban de atraerle. Sí, era contradictoria. Por eso, cuando Omar actuaba como le gustaba lo respetaba y si no, le aburría.

Sol tomó la camiseta de Omar, había caído bajo la mesa, la olió cerrando los ojos y sonrió como una tonta.

«¿Qué estarán haciendo?», se preguntó. No quería imaginar que se estaban desnudando para hacer lo que ella había estado a punto de... «No, seguro que no», dijo en voz alta y metió la camiseta en el lavarropas. Sabía mentir, no era como Olivia, atolondrada.

Se tocó la boca mientras sonreía y maldijo en silencio. Hacía más de dos años que no le gustaba un chico como para tener algo en serio y ¿tenía que ser justo su cuñado? Hacía meses que no se metía en la cama con nadie y, a pesar de tener amigas alocadas, ella era prudente en ese sentido: Elegía bien con quién hacerlo. Ya había pasado por su momento de promiscuidad, como ella le decía a los meses posteriores a la ruptura con su ex: Besando a uno y a otro, emborrachándose para poder dejarse manosear el trasero y los pechos mientras se comía a besos con un desconocido. Eso no le gustaba. Era más de tener un novio y dejarse querer. Ya tenía dieciocho años y creía que era la edad adecuada para sentar cabeza.

Volvió a tocarse los labios y cerró los ojos. No podría hacerlo con Omar, por mucho que le gustara, se tragó el nudo que tenía en la garganta e intentó concentrarse en sus libros.

Omar desabotonó el pantalón ajustado de su novia y tironeó de él descubriendo un tanga azul, transparente y mínimo. Rugió como un león al verlo y, al acariciar las piernas para llegar a él, recordó el suave encaje rosado que Sol llevaba debajo de su vestido. Negó con la cabeza y mordió el trozo de piel que se encontraba cerca de su boca, daba igual que fuera un brazo o una pierna.

Olivia se quejó. Le había dolido.

Omar enfureció. Se giró sobre el colchón y se sentó en un lateral de la cama. No podía. No debía, No era justo.

—¿Qué pasa, chanchito? —preguntó Olivia, así le decía ella. El mote había salido un día en el que él se había devorado una hamburguesa doble en dos minutos y ella le había tildado de “chanchito”.

—Nada, princesa, nada. Mejor vamos al parque —murmuró. Estaba muy enojado consigo mismo, la culpa lo carcomía por dentro y las ganas de hacer el amor con Sol lo tenían ideando la forma de escapar de Olivia.

«Un puto desastre. ¡Un puto desastre!», gritó su inconsciente.

Olivia no era una chica que aceptara bien las negativas, tampoco los rechazos. No sería esta la excepción. Si había comenzado esperaba que terminaran. Prefería que se apurara con este teatrillo porque su madre no tardaba en llegar.

—Chanchito, me tienes esperando —dijo en un susurro sensual, y Omar la miró por sobre el hombro. Sin darse cuenta estaba sonriendo.

¡Era una divina!, su humor tenía altibajos, sin embargo, y por lo general, era muy divertida. Lo hacía reír con sus locuras. Ella le pasó los pies descalzos por la espalda y tiró un beso al aire.

—Eres terrible —dijo él, tendiéndose sobre ella y haciéndole cosquillas. Sabía que a su novia no se le podía negar nada porque se ponía gruñona. La prefería contenta y juguetona—. ¡No me muerdas!

—Tú lo hiciste —dijo ella y él sonrió.

—Ahora no te quejes —murmuró sobre los labios de ella, y dejándose vencer por las ganas de satisfacer su necesidad, comenzó con los preliminares que le gustaban.

Pequeños mordiscos recorrieron el cuerpo de Olivia haciéndola estremecer. En un segundo le quitó la mínima camiseta que llevaba y ya estaba desprendiendo el sostén cuando sintió la mano de ella entre sus ropas.

Era la primera vez que lo tocaba sin el pantalón de por medio, un traje de baño o cualquier prenda. Bufó ante la sensación electrificante que lo tomó por sorpresa y cerró los ojos murmurando algo que no pasó por el filtro de sus pensamientos.

La bofetada fue sonora y dolorosa. Olivia se la había dado sin dudarlo ni un segundo.

—Pero... ¿qué? ¿¡Estás loca!?! —preguntó, poniéndose de pie y alejándose todo lo que podía. Ya no había ganas ni necesidad, tampoco erección que acariciar.

—Me dijiste Sol, idiota.

Parte A

Omar creía que todo se pagaba en la vida y con el acto fallido que había salido por su boca lo estaba confirmando. ¡Demonios!

—No. No es así... Lo que quise decir es que Sol nos podría escuchar y que no me gustaría. No me diste tiempo a terminar la frase, princesa —dijo, sin tener la valentía de mirarla a los ojos, por miedo a que en ellos vea la gran mentira que estaba diciendo.

Se puso la camiseta de Sol, esa con la publicidad de un gimnasio, y se abotonó el pantalón. Veía a Olivia trajinar con su *jean*, era lógico que le costase ponérselo por lo ajustado que los usaba. Estaba enojada, podía adivinarlo por los enérgicos movimientos que hacía. Omar no se animaba a preguntarle nada, no quería tener una discusión todavía y tampoco se le antojaba hablar sobre su caos mental. Debía aclararse primero, antes de hacer o decir nada de lo que pudiera arrepentirse.

Sus sentimientos eran puro desorden y actuaban en su cuerpo con desconcierto, sin una lógica comprensible. Al menos, él no lo comprendía, ¿cómo en el transcurso de una hora, más o menos, había estado a punto de acostarse con dos mujeres?; Hermanas, además. No, hermanas no, gemelas; era una palabra más contundente y eso que no estaba agregando el detalle de que una era su novia y la otra, por lógica, su cuñada. Negó con la cabeza, estaba preso del pánico que le daba tener que analizar un poco *eso* que le

pasaba. Sí, *eso*, porque ¿qué otra cosa podía decir?

No era amor todavía lo de ninguna de las dos. ¿Estaba embelesado por una y le gustaba la otra? No, embelesado era poco, Sol le daba ese escalofrío que le avivaba los sentidos de una manera diferente y le robaba sonrisas al recordarla; solo el escuchar su nombre le producía deseos de verla, besarla, tocarla y no quería pensar en más cosas porque se le ponía duro su compañero dentro del bóxer. Todo eso que creyó que Olivia, con su trasero respingón y el ombligo al aire le producía, se agrandaba y se multiplicaba millones de veces al pensar en un simpático hoyuelo, un cuello largo y unas piernas flacas que se dejaban admirar por debajo de un vestido bonito.

Si algunos de sus amigos le preguntaran qué ropa interior de mujer lo ponía más cachondo diría la atrevida y sexy, con transparencias mejor..., sin embargo, esa prenda femenina, rosada y suave al tacto que había visto en Sol, podía con su libido y despertaba la pasión verdadera, la que no se inventa, la instintiva.

Cerró los ojos con furia, preso de una angustia que pocas veces había sentido, estaba en problemas.

Olivia bufó, quería que Omar se enterara de que estaba haciéndolo. No soportaba el silencio de él. Volvió a mirarle la entrepierna. Muerta, así estaba. ¿Qué había pasado? Ok, le había dado una bofetada, bien, eso podría reducir el tamaño, las ganas y por un instante producir enojo. Pero lo había aclarado y, si hubiese querido, podrían haber seguido con lo que estaban haciendo. ¡Iban tan bien!

La excusa de Sol no le había alcanzado, ¿qué le importaba a Omar si ella los escuchaba? ¡Su hermana no era virgen, por Dios! Odió volver a ver al Omar de siempre, serio y de apariencia distraída o lejana, incluso tímido por momentos. Le había gustado ese león enjaulado que tenía dentro. A su cuerpo le había encantado y... pobre, se había quedado con las ganas de gozar un

rato, pensó casi de forma cómica y se acarició la cadera frente al espejo. Le encantaba mirarse, se gustaba.

Lástima que Omar no estaba haciendo lo mismo. Él ya estaba caminando hacia la salida de su dormitorio.

—Vamos al parque que los chicos ya están allí —susurró a lo lejos y dándole la espalda.

Olivia no entendía lo que había pasado. ¿Se habría enojado por la bofetada? ¿Debería disculparse? Bueno, ya vería si era del todo necesario. Dejaría pasar el rato para ver si mejoraba su humor.

—Hola, chicas —dijo su madre al entrar por la puerta, y se escuchó el tintineo de las llaves.

Olivia la oyó saludar a Omar y a Sol y, después de atarse las zapatillas, corrió para hacer lo mismo.

—¿Se van?

—Sí, mami, al parque con los chicos. ¿Vienes, Sol?

Omar, que no se había animado a mirar a su cuñada, por cobarde, no tenía excusas; clavó los ojos en ella cuando la vio levantar la cabeza. O estaba muy concentrada en los libros o disimulaba muy bien, pensó. No le devolvió la mirada a él, le respondió negando con la cabeza a su hermana y otra vez se metió en su *cueva* de estudio. ¿Y el cobarde era él!? No, no, ella también. Pero la entendía.

—Bien, no lleguen tarde para la cena —dijo su suegra, y la vieron alejarse rumbo a su dormitorio. Seguramente para su rutina diaria de ducha y descanso previos a cocinar.

—Nos vamos, Sol —dijo Olivia, como si nada hubiese pasado, y eso a Omar le parecía tan falso que apenas si podía soportarlo. Aun así, lo haría, no estaba en condiciones para entablar ninguna conversación.

Sol levantó la vista para poder ver Omar, no quería volver a dejarse

llevar por las lágrimas. Con unas cuantas, secadas con el dorso de la mano, había sido suficiente. Ella era mayorcita y sabía lo que hacía..., bueno, no; pero sí podía asegurar que estaba mal querer a su cuñado y sabía que las consecuencias serían esas: verlo con su hermana; su novia, para más detalles.

Sonrió al verlo con su camiseta de dormir, le quedaba algo ajustada, eso le daba un toque sexy. Cerró los ojos para culparse en silencio otra vez. Lo vio acomodarse el cabello con ambas manos, le encantaba ese gesto y también la media sonrisa que le daba aspecto de niño travieso. Nunca le había dedicado una, todas habían sido para Olivia, pero ella las había visto igual y le parecían preciosas. Le mordería la comisura de los labios cuando las hacía... Suspiró extasiada con la cantidad de cosas que le provocaba ese muchacho. Todavía podía sentir el calor del abrazo que le había dado mientras ella temblaba recomponiéndose del éxtasis al que la había llevado con sus dedos. Ese abrazo había sido precioso, como los susurros en su oído o las caricias firmes sobre sus pechos. Y esa frase donde le había dicho que era bonita, justo cuando estaba por... «Todos los chicos la dicen justo en ese momento», se convenció. Y entonces recordó la forma en que la miraba y cómo los ojos viajaban por todo su rostro, brillando y seduciéndola. También asegurándole que no mentía, que de verdad le gustaba. Una irónica sonrisa se dibujó en su rostro, era tan estúpida que hasta se creía las fantasías que su cabecita creaba. Todo eso era obra de Omar, no, mejor dicho, de lo que sentía por él.

No lo culpaba de todo. Ambos habían sido responsables de caer en la tentación.

—¡Sol! —gritó su hermana, y ella enfocó la vista que se le había perdido en un punto invisible mientras pensaba.

—¡No me grites!

Omar la miró con preocupación, daría lo que no tenía para saber lo que

pasaba por su mente. Quería contarle que le pasaba lo mismo. Decirle que la pensaba día y noche y que la culpa lo mataba, sin embargo, no podía evitar sentirse atraído por su dulzura, por su hermosura, por el recuerdo de todas esas sanciones que había tenido con el beso robado por error. Y ahora sumaba recuerdos mejores, más sensuales, aunque con una carga de ternura que solo ella podía agregar.

—¿Estás bien? —le preguntó sin poder frenar las palabras, y sus ojos se engancharon de los de ella. Pudo ver el asombro en sus pupilas al descubrir ¿qué? Y, al ver la pequeña mano elevarse, solo... cerró los ojos esperando el escalofrío que ese inminente roce le causaría.

Sol no podía creer lo que veía, la mejilla de Omar estaba roja, se notaban un par de dedos marcados y un rasguño. Eso era obra de Olivia, no cabía ninguna duda.

Su palma abierta viajó por instinto a la piel rosada y la acarició con suavidad, lo sintió temblar y sonrió esperanzada porque fuera por el mismo motivo que lo hacía ella.

—¿Te pegó?! ¿Le contaste? —preguntó sin pensar.

—Sol... —susurró Omar, quiso advertirle que Olivia estaba mirando.

—¿Qué me tiene que contar? —preguntó Olivia.

Estallaba de furia al ver la intimidad con la que su hermana acariciaba a su novio.

¿Qué estaba pasando?

Parte 5

Sol se acomodó los bucles rebeldes y sonrió frente al espejo. Como cada vez que se ponía ese vestido, se veía linda. Se calzó los zapatos y por último se puso perfume.

Olivia bufó aburrida y cansada. Miró a su costado y pestañeó dos veces, no podía creerlo de ella. Jamás había estado tan segura de algo en su vida. Su humor cambió de repente al verse reflejada en otras pupilas y su sonrisa se dibujó al instante.

Omar volvió a golpear el volante del coche y a mirar el reloj, ya estaba llegando tarde. Maldijo el tránsito de la ciudad a esas horas por enésima vez y ojeó su teléfono. Por suerte, ella no lo había llamado para gritarle, todavía. Se le achicaron los ojos ante el recuerdo de los enojos de su novia, era inevitable sonreír rememorándolos.

Se acarició la mejilla, dibujando con su dedo índice la pequeña cicatriz de aquel rasguño que significó una hecatombe familiar. Habían pasado ya cinco años, aun así, el recuerdo era imborrable:

Aquella tarde, después de ver que Sol le acariciaba la cara no había tenido que decirle nada a Olivia, lo había adivinado en su mirada y en las lágrimas de su gemela. Les gritó de todo, los insultó y hasta le dio varios golpes en el pecho a Omar. Él alcanzó a decir que no había pasado nada

más que un par de besos y que se hacía responsable de todo. Le besó la frente a su ex, obvio que pasaba a serlo en ese instante, y le acarició la mejilla a Sol.

Intentando evitar una enemistad entre las hermanas, desapareció de sus vidas. Por el grupo de amigos compartidos, supo que las chicas habían pasado un tiempo sin dirigirse la palabra y que, por ese motivo, Olivia había acelerado su ingreso a la universidad en otra ciudad, es más, en otro país. Había lamentado mucho ser el responsable. Al enterarse de que su ex partía, se armó de valor y la citó para contarle todo y escuchar si por fin lo perdonaba. Habían pasado seis meses de no verla para entonces.

Se encontraron en el parque, en el mismo banco de siempre y ella lo había abrazado con cariño al verlo. Él había enredado su dedo en un rulo que lo traía loco por rebelde, siempre estaba ahí tapándole el ojo.

—Necesito escuchar que me perdonas. No quise lastimarte, ni a ella. Un día la besé por error y...

—Sol me lo contó, no te preocupes. Heriste mi orgullo aquel día, pero ambos sabemos que lo nuestro no era muy profundo todavía. Claro que te perdono.

—Me quitas un peso de encima. Y con tu hermana ¿cómo estás?
—preguntó Omar intrigado y preocupado.

—Ahora bien. De ella me dolió el engaño y el que me lo hubiera ocultado. Nuestros padres se enteraron de todo. Mamá nos escuchó discutir y... Ya es historia vieja. Lo que puedo decirte es que volver a casa te va a costar una conversación con papá.

—Me imagino —dijo sonriendo, y en respuesta a la cara de Olivia, donde ella mostraba un poquito de la revancha interna que sentía al imaginarlo a su ex frente a su padre.

Omar negó con la cabeza, esa conversación la recordaba también y los

pelos de la nuca todavía se le ponían de punta. El apretón de manos de ese hombre podía quebrar un par de dedos. Volvió a tocar la bocina y maldecir a los coches vecinos. Por fin podía adelantar unos metros. Lástima que el semáforo se puso en rojo. Tomó el móvil entre los dedos y escribió rápido.

Omar:

Voy en camino. Te quiero.

No esperó respuesta y avanzó lento como el resto de los automóviles.

Sol se tiró en la cama boca abajo y tomó su libro. Al ver la foto con la que señalaba la página por la que iba, se distrajo: Ella y su hermana se abrazaban y ponían caras espantosas frente a la cámara. Había sido el día en el que Olivia se había ido a la universidad. Justo después de mantener la conversación más seria y sentida que pudieran tener. En ella había descubierto a una Olivia diferente, más mujer y no tan caprichosa:

—Si te gusta mucho, mucho, búscalos —había susurrado Olivia.

—No sé de qué hablas.

—No te hagas la tonta que no te queda bien —había dicho su hermana, con una sonrisa pícaro. Sol no podía engañarla y si lo hacía era por pocas horas. La muy astuta todo lo averiguaba y si no, ella misma metía la pata, como la vez que había acariciado a Omar... Había suspirado ante el recuerdo de la imagen de esos ojitos cerrándose y esa mejilla colorada—. Estuve con Omar ayer y está muy triste por nosotras, yo le aseguré que estamos bien y me pidió perdón.

Sol había intentado no sonreír de alegría, le daba pudor pensar en él frente a ella.

—Mira, Sol, entre Omar y yo no hubo intimidación. No nos acostamos. Sé que te dije lo contrario estando enojada, pero no era verdad. No sería

incómodo para mí verlos juntos y... me voy, otra ventaja. —Sol quiso decir algo y ella la interrumpió—. Piénsalo. Yo no me interpongo entre ustedes. Papá, no lo sé.

Ambas hermanas largaron la carcajada y se abrazaron y, entre mueca y mueca, se habían sacado varias fotos y habían conversado sobre muchas intimidades que habían dejado de compartir.

Sol giró sobre su espalda, buscó en su móvil otras fotos y se entretuvo mirándolas. Se perdía en esa mirada, aunque fuera a través de la pantalla. Escuchó el sonido de la bocina y saltó de su cama, corrió hasta la puerta y lo vio. Miró el reloj y quiso enojarse por la tardanza.

—Llegas tarde.

—El tránsito, pero prometo que llegaremos a tiempo de todas formas —dijo Omar, mirándola. Y ella, otra vez, se distrajo con esos ojos, esta vez sin pantalla de por medio.

—¡Vamos! —chilló ansiosa.

—Primero, hola, ¿no? —dijo él, acercándose para besarle los labios y acariciarle las piernas.

Su perdición eran esas piernas. Las había tenido enredadas a su cintura tantas veces y, aun así, soñaba con ellas. La pícara sonrisa se dibujó en la carita de Sol y él se derritió. Se había convertido en una mujer preciosa y con gestos muy femeninos, tenía además un estilo elegante y, aunque era poco atrevido, lo ponía cachondo cada vez que la veía porque su ropa le daba muy fácil acceso a todo lo que con ella cubría.

El beso fue intenso y, ante la frustración de no poder estar a solas con su atrevida prometida, Omar le apretó la rodilla y le mordió el labio.

—¡Bruto! —dijo ella, riendo.

—¡Mala! —le recriminó él, en broma.

Olivia se estiró en su asiento y sonrió feliz. Por fin llegaba a casa. Odiaba volar, pero extrañaba mucho, por eso viajaba seguido a visitar a su familia. Tomó su maletín de viaje y se encaminó a la puerta una vez que le liberaron el paso. La ansiedad la consumía viva. Los vio cuando se abrieron los portones que los separaban y se tiró a los brazos de sus padres ni bien los tuvo cerca.

—Te dije que llegaríamos a horario —dijo Omar en un susurro, mientras le mordía la oreja a Sol, solo para molestarla, mientras se retorció ansiosa esperando el momento de abrazar a su hermana.

Una vez que los saludos acabaron, Olivia miró hacia atrás para encontrarse con un muchacho regordete, con barba y cabello rubio oscuro, que esperaba con toda la paciencia del mundo agarrado al carrito de las maletas. Una sonrisa de dientes perfectos y una mano firme en su cintura le dieron la seguridad necesaria para presentarlo a sus seres queridos.

—Familia, les presento a Matt, mi novio.

Olivia lo había conocido hacía un año más o menos, justo cuando había entrado a trabajar en la empresa donde lo hacía todavía. Se había enojado mucho con ella misma, porque se sintió atraída desde el mismo día que los presentaron y él la había ignorado por bastante tiempo. En la primera salida ella había querido atraparlo y lo había seducido hasta hacerlo explotar de deseo. Terminaron en la cama esa misma noche y la atrapada había sido ella, literalmente.

Matt era paciente, inteligente, amoroso... y morboso. Le gustaba atarle las manos, si era necesario las piernas y, si ella estaba de buen humor, tal vez le embadurnaba miel por todas partes para comérsela sobre la mesa de la cocina. Eso entre muchas otras cosas que se le podían ocurrir, porque también era muy creativo y divertido. Se convertía en macho de las cavernas cuando estaban en la intimidad y en público era otra cosa, algo parecido a un osito de

peluche. Olivia estaba fascinada con una de esas facetas y enamorada de la otra.

Mientras todos caminaban hacia los vehículos, Sol y Olivia se tomaron del brazo para dejar que el grupo se alejara un poco.

—¿Matt? —preguntó Sol, entre divertida e intrigada. Le guiño el ojo a Omar que se dio vuelta sonriente para verlas conversar y agregó en voz baja—: Quiero saberlo todo.

—¿Desde cuándo hay secretos entre nosotras?

—Desde nunca y no vamos a empezar a tenerlos hoy —dijo entre risas.

Nota de la autora

Si te ha gustado la novela / libro me gustaría pedirte que escribieras una breve reseña en la librería online donde la hayas adquirido (Smashwords, iBooks, Amazon, etc.) o en cualquiera de mis redes sociales. No te llevará más de dos minutos y así ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.

¡Muchas gracias!

Para ponerse en contacto con Ivonne:

[Website](#)

[Perfil de Facebook](#)

Biografía

Escribe con un seudónimo. Ivonne Vivier, no es su nombre real.

Es argentina, nació en 1971 en una ciudad al noroeste de la provincia de Buenos Aires, aunque actualmente reside en Estados Unidos. Está casada y tiene tres hijos adolescentes.

Como madre y esposa un día se encontró atrapada en la rutina diaria y se animó a volcar su tiempo a la escritura.

Desde entonces disfruta y aprende dándole vida y sentimientos a sus personajes a través de un lenguaje simple y cotidiano y lo que comenzó como una aventura, tal vez un atrevimiento, hoy se ha convertido en una pasión y una necesidad.

Los libros de Ivonne

[Helena la princesa de hielo](#) - [Aceptando el presente \(libro 1\)](#) - [Aceptando el presente \(libro 2\)](#) - [Aceptando el presente \(Bilogía completa\)](#) - [Un inesperado segundo amor](#) - [Ven... te cuento.](#) – [Protegiendo tu sonrisa](#)



